

ALARMA EN LA T.V.

No es la primera vez que suena la "alarma" en nuestra Televisión. Ni tampoco la primera vez que un grupo de Actores y Directores denuncian los objetivos comerciales que dirigen sus objetivos. "Nos preocupa el hecho de que medios tan poderosos y que pudieran contribuir de manera eficaz a la promoción de la cultura se están utilizando preferentemente en una competencia desenfrenada de carácter comercial..." (Asamblea Episcopal Venezolana 1973). Un año más tarde se abordaba nuevamente el tema: "Una avalancha de competencia comercial, un fácil sensacionalismo, así como la negativa dependencia foránea están corroyendo o debilitando la institución familiar, los nobles ideales de la juventud y reducen a la mujer a simple carnada publicitaria para vender más". (Mons. Ovidio Pérez Morales - 1974).

La estructura de poder de la Televisión no augura cambios a pesar de los clamores: "Los Gobiernos han preferido una política manchesteriana ultraliberal de concesiones con el resultado de haber implantado en el país una radio-televisión culturalmente desastrosa". (A. Pasquali). Y siempre que se intenta tímidamente alguna reforma que rescate la dignidad de los medios, las Cámaras de Prensa, Radio y Televisión se constituyen en emergencia casi bélica. Es cosa de "una minoría de fanáticos extremistas que pretenden implantar aquí la dictadura intelectual comunista en los medios de comunicación". (Respuesta al CONAC 1974).

No abrigamos esperanzas a pesar de la valiente denuncia que ofrecemos a continuación ni a pesar de las dos telenovelas suspendidas recientemente. Sin embargo el tema nos preocupa y nos asociamos a quienes propugnan una televisión más higienizada.

Una vez más la televisión venezolana es sacudida por una crisis. Una vez más la competencia, lejos de ser un estímulo para elevar en su contenido y en su forma la calidad de la programación, se transforma en una verdadera batalla campal, un torneo de mediocridades de todo género donde la única norma es el mayor o menor porcentaje de sintonía que pueda alcanzar una transmisión. Una vez más los programas dramáticos, telenovelas, especiales, retroceden a etapas que se pensaban definitivamente superadas: sensiblería, mal gusto, arbitraria exposición de pretendidos problemas raciales, el azar como un componente fundamental de las decisiones humanas, el equívoco sustituyendo a la voluntad. De nuevo la telenovela encuentra en las viejas radionovelas de la Cuba de los años cuarenta y cincuenta, una mejor alternativa que la trazada por los propios canales venezolanos en etapas recientes y así se reeditan temas abominables carentes de la menor responsabilidad ante la historia y ante el país. Los actores y actrices de esta televisión que padecemos, hemos vuelto a los viejos engolamientos, a las poses prefabricadas, al hastro de personajes carentes de sentido abandonando causas queridas como eran la identificación del venezolano en sus distintas características, el análisis de nuestros defectos y virtudes de pueblo, la discusión de grandes temas inherentes a nuestra sociedad. Los libretistas se transforman en simples y humillados adaptadores de bodrios decrepitos, en escribas cuyo mejor ejercicio de imaginación consiste en transformar las playas de Varadero en el malecón de Macuto y a los propietarios de ingenios en profesionales del comercio o de la industria petrolera. Los directores nos hemos visto de nuevo en la necesidad de responder tan sólo a un planteamiento de eficacia y rapidez, soslayándose ciertas conquistas formales, cierta estética final del producto televisivo que no tendrían el menor sentido ante tanta banalidad y tanta anti-gualla gastada. Conviene preguntarse entonces por qué está ocurriendo esta nueva miseria de nuestra televisión, por qué si los mismos canales habían generado, y en ocasiones con airoso resultados, una televisión que comenzaba a ser orgullo de este país, materia de discusión entre nuestros intelectuales y artistas, se produce esta involución desesperante. De nuevo el régimen de sangrienta competencia aparece como la causa fundamental que explica este patético cuadro. Un canal le echa la culpa al otro y viceversa, pero en todo caso los grandes perjudicados son en primer lugar millones de televidentes que asisten pasivamente a un continuo foro de estupideces y

en segundo lugar los trabajadores de esta industria, artistas y técnicos, libretistas y directores que se ven en la obligación de asumirlas.

Los canales del Estado, arrinconados y disminuidos, no parecieran tomar parte en la discusión limitándose a una televisión resignada, pasiva, importadora de enlatados culturales que poco o nada tienen que ver con la inmediata realidad del país. Lejos de señalar caminos, marchan a la zaga de esta situación, resignados a una sintonía simbólica, a una programación sin metas y sin audacia.

Puede decirse entonces, sin que nuestra posición envuelva el menor pesimismo, que estamos viviendo una de las peores etapas de esta industria y que resulta indispensable, a estas alturas, una toma de conciencia en los sectores gerenciales y en el gremio artístico que hace posible una programación. Exigimos respeto. Proclamamos nuestro derecho a no hacer lo que consideramos humillante y en este sentido nos comprometemos ante el país cualquiera que sean las consecuencias. No estamos dispuestos a continuar haciendo una televisión sujeta a los vaivenes de una reyerta comercial. No estamos dispuestos a regresar a esa televisión que abandonamos hace algunos años. Queremos sentir el legítimo orgullo de entregarle al televidente lo mejor de nosotros mismos, nuestras búsquedas, nuestra interpretación crítica de una realidad que queremos mejorar como venezolanos, las obras de nuestros mejores escritores, el mejor pensamiento del país.

Con ánimo constructivo declaramos en este documento que es posible y está a nuestro alcance realizar en Venezuela una televisión que sea un ejemplo para todos los países de la América Latina. Con el mismo ánimo constructivo declaramos que no estamos dispuestos a renunciar a una lucha que hace escasos años, comenzamos. El rostro de la televisión somos nosotros, por lo tanto, nos incumbe una responsabilidad ante el pueblo venezolano y ante nuestra historia.

Firmas:

José Ignacio Cabrujas
Rafael Briceno
Jean Carlos Simancas
Fausto Verdial
Pilar Romero
Humberto Olivieri
Arturo Calderón
Yanis Chimaras

Román Chalbaud
César Bolívar
Orlando Urdaneta
Ibsen Martínez
Gustavo Michelena
José Simón Escalona
María Teresa Acosta